Ultima entrevista con ALFONSO REYES

Por ARTURO TORRES-RIOSECO

MI viaje a la ciudad de México no estaría completo sin una visita a Alfonso Reyes. Le llamo desde el hotel y me invita a verle lo más pronto posible.

—Estoy muy enfermo, me dice. —Llámeme en la mañana y venga. Así estará seguro de encontrarme.

Le llamo al otro día.

—Hoy sí, —dice el maes... He amanecido bien para ...rle.

... dirijo a su residencia, ...a Benjamín Hill, 122. ...umeración de la calle ...traria e inexacta. El ... como es natural, se ... Pregunto en varias ... por su dirección, doy ...mbre, y en su propio ...o, nadie le conoce. Ahí ... muy cerca, el "Colegio ...nán". Sale una señorita ...a, que destroza el caste...lo.

—¿No podría indicarme ...ed la casa de don Alfonso Reyes?

—No, señor, no sé dónde ...ive ese señor.

Por fin descubro la casa, verde, de dos pisos, con un hermoso jardincillo detrás de la reja.

La empleada me anuncia que don Alfonso me espera. Ya conozco el camino y entro en el salón. Arriba, la enorme biblioteca, una de las más ricas de México. La voz de Alfonso se deja oír desde lo alto.

—Bienvenido, Arturo, a México y a su casa.

Alfonso está en bata y pantuflas, apoyado en un bastón. Su barba blanca es verleniana. Está ya calvo. Sus movimientos son lentos, pero sus ojos vivísimos y brillantes dan a toda su persona su acostumbrada vivacidad.

Me abraza y se vuelve a sentar. Ahí, frente a mí, está como le vi hace seis años, con su viva inteligencia atenta al ritmo de nuestra conversación, frente a sus libros, su horizonte intelectual.

—Le esperaba desde ayer. Hoy amanecí mejor para recibir a mis amigos, con deseos de charlar. Esta mañana he escrito dos artículos. Usted sabe que el escribir es nuestra respiración. Ya usted ve, Arturo, que estoy viejo, exclama con esa coquetería que le es habitual.

—¿Cómo encuentra la ciudad? —me pregunta.

—Muy cambiada, Alfonso. Demasiado grande y con gente nueva que no nos conoce.

—Efectivamente —dice Alfonso. Todo está cambiado y se nos van los viejos amigos. En estas semanas Samuel Ramos, José Vasconcelos, Narciso Bassols. Sólo ayer Altolaguirre y Araquistáin. Nos vamos quedando solos.

—¿Usted vería a Vasconcelos a menudo en sus últimos días?

—No, no nos veíamos. El hacía tiempo que estaba enfermo y llevaba una vida agitada y mundana. Fiestas, cocteles en las embajadas. Por otro lado, yo, en mi biblioteca; no voy a ninguna parte. Ya me puedo dar el lujo de estarme quieto.

—¿Pero sus relaciones con el amigo de su juventud eran cordiales?

—Eso sí, a pesar de sus cambios de actitudes, de posiciones, de ideas, le tenía gran afecto. En sus dos últimos artículos, poco antes de morir, decía estar arrepentido de sus injustificados ataques contra mí. Ya usted sabe cómo era él. Ultimamente nos hablábamos por teléfono frecuentemente.

—¿No trabaja contidianamente?

—Cuando estoy bien sí. Acaba de salir mi primer tomo de "Memorias: Parentalia". Aquí nadie se ha preocupado de él; en el extranjero sí. Hablo ahí de ciertas cosas peligrosas.

—¿Es el primer tomo de su autobiografía?

—Así es, pero en este tomo todavía no nazco. Será en el siguiente.

Yo le prometo escribir sobre ese libro. Alfonso hace una seña a Manuelita, su esposa. Ella se levanta y trae un ejemplar de Parentalia que Alfonso me dedica así: "A mi querido amigo, Arturo y señora, recuerdo de México y de Alfonso Reyes".

Bueno, continúa Alfonso, ahora ya he puesto en orden todos mis papeles; ya tengo tiempo de escribir mis artículos y de arreglar mis memorias.

—¿Y todavía tiene usted tiempo de ver a sus amigos escritores?

—Sí, vienen muchos. Torres Bodet, Agustín Yáñez, Octavio Paz, Carlos Fuentes, José Luis Martínez.

—Torres Bodet, observo yo, trabaja más de lo conveniente en sus tareas de ministro.

—Tiene usted razón —contesta Alfonso. A veces en tareas indignas de su talento: asuntos sindicales, presiones de grupos de maestros, y con todo, usted lo sabe, sigue cultivando su poesía. Jaime da a México más que nosotros. El ve, como yo, el magisterio como un apostolado, como una labor santa.

—¿Y Paz?

—Paz es un escritor de gran aliento. Acaba de irse a París. Ha hecho bien en marcharse.

—Los escritores más jóvenes, ¿siguen cerca de usted?

—Algunos sí. Otros no; creen que se pierde mucho tiempo en adquirir cultura.

—¿Piensa publicar su correspondencia con los grandes escritores que fueron sus amigos?

—Ya se ha publicado mi correspondencia con Unamuno. Lo demás está todo arreglado, en papeletas, en cajas, en índices —mi correspondencia con Machado, con Juan Ramón, con Henríquez Ureña.

—¿Con Gabriela Mistral?

—Tengo mucho de ella. Pero son notas escritas a lápiz, en tarjetas, ya algunas borradas por el tiempo. Notas fragmentarias, a veces difícil de descifrar.

Alfonso me pregunta la fecha de mi partida. Le informo que en breves días, pues tendré que asistir al Congreso del Instituto de Catedráticos de Literatura Iberoamericana en Nueva York.

—¿El Instituto que postuló en su última reunión mi candidatura para el Premio Nobel? Les agradecí mucho, pero creo que hacen mal en recomendar nombres. En mi caso, el tipo de mi labor no debe impresionar a esos señores.

—Me alegro, Alfonso, de que usted acepte de manera realista este asunto. De otro modo sería desesperarse inútilmente. Usted debe saber el caso de "Conca", aquella escritora española considerada para el Premio por los señores de Estocolmo, que no era otra que Concha Espina. A mí me han asegurado que algunos mexicanos han pedido el Premio Nobel para María Enriqueta.

Alfonso se sonríe con su sonrisa llena de inteligencia, malicia y comprensión. Yo sospecho que debe herir su fina sensibilidad el hecho de que, mientras que todo un continente le considera como su intelectual más destacado, los señores de Estocolmo sigan otorgando el Premio a novelistas de segunda categoría.

—Recuérdese usted —agrega, que le dieron el Premio a don José de Echegaray.

Después de dos horas de conversación noto que Alfonso empieza a dar señales de cansancio. La conversación la ha llevado él de una manera ágil, pintoresca, variada. Cada pregunta mía merece comentarios profundos o regocijados. Alfonso enhebra recuerdos en recuerdos, frases en frases; un nombre sugiere otro, en una especie de sinfonía evocatoria. Deseando verle restablecido le pregunto que cuándo se vuelve a Cuernavaca.

—Es lo que deseo hacer muy pronto, dice. Irme a descansar allá, a la sombra de un árbol y allí esperar la muerte.

Quiero alejarle del pensamiento funesto y le digo:

—¿Qué le parecen los escritores nuevos?

—Algo confusos, me contesta. Algunos son como esos pintores de abstracciones que trazan una raya verde y dicen que es un niño que vuelve de la escuela y llora en el regazo de su madre.

Creo discernir un dejo amargo en las palabras del gran escritor y hago este comentario:

—Es la incomprensión generacional, Alfonso. Cada veinte o treinta años la concepción artística cambia y la sensibilidad es diferente.

—¿Qué le parece, Arturo, que ya algunos antologistas han eliminado a Gutiérrez Nájera y a Nervo?

—Es absurdo, contestó. El primero es un gran poeta romántico y el segundo es más profundo de lo que parece.

—Así es, dice Alfonso usted que es crítico y que viene de fuera puede ver estas cosas mejor que nosotros.

Agradezco y me pongo de pie. Alfonso trata de levantarse. Se apoya en el bastón y sólo con mi ayuda se pone también de pie. Admiro su bata mandarinesca y me acuerdo de uno de sus antepasados que vivía en las Islas Oceánicas con centro principal en Manila. También pensando en él se preguntó Alfonso: "Sí acabaré yo —que ya no soporto el cuello duro de mis trajes de ceremonia europeos— vistiéndome de traficante oceánico?"

Alfonso me abraza sonriente. Yo le abrazo emocionado. A pesar de su enfermedad deja ver Alfonso —como lo hacía su padre— una alegría torrencial; una vitalidad gozosa de héroe que juega con las tormentas". Este es el Alfonso que ríe. Pero empiezo a bajar la escalera y Alfonso se queda quieto, mirando hacia el suelo. Le doy el último adiós y no me contesta. Tiemblan sus labios y su barba. Ahora es el hombre que siente cierta delectación morosa en la tristeza, el que debe la sensibilidad a su madre, el Alfonso que llora". Sigo bajando, llego al piso bajo, tuerzo a la izquierda y salgo al pequeño jardín. Ahí ya no hay nadie. Manuelita se ha recogido a sus habitaciones. Alfonso sigue de pie, arriba, frente a sus libros, solo con su inmortalidad.

La calle Benjamín Hill sigue indiferente a la tristeza y a la gloria en este mediodía del diez de agosto de... 1959.

LA VIDA, EL ARTE Y LA FILOSOFIA DE ANTON CHEJOV

II

AÑOS DE APRENDIZAIE

Por ANDRE MAUROIS

DESDE 1885, Chéjov fue activamente el médico de un hospital de Zemtsvo. Allí, como otrora en la tienda, tuvo contacto con gentes de todas las clases. La profesión de médico, como la de empleado de notario (Balzac), o de periodista (Dickens), es favorable al novelista. "La medicina ha tenido una influencia importante sobre mi trabajo literario. Ha agrandado bastante la esfera de mis observaciones... La familiaridad con las ciencias naturales y los métodos científicos me ha puesto siempre en guardia contra la falsa invención".

Desde que trabajaba para Souvorine, cuyo periódico era poderoso, estaba mejor pagado y también mejor guiado. Realmente Souvorine es el olfato mismo. Un gran señor. Desempeña exactamente el mismo papel en la literatura que un perro de muestra cazando al gallo de brezo. Quiero decir que trabaja en ayuda de su olfato diabólico y que está siempre ardiente de pasión... Es un autodidacta. De ahí su naturaleza, tan poco maleada como la de un perro".

CELEBRE A LOS 28 AÑOS

A los veintiocho años el hijo del tendero era un escritor ya célebre. Había publicado varios libros de cuentos y escrito una obra: Ivaney. En 1888, obtuvo el premio Puchkine. Chéjov escribe a Souvorine: "La noticia del premio ha causado un efecto extraordinario... Durante estos últimos días, he estado como un hombre enamorado. Mi padre y mi madre están locos de gozo, mi hermana corre a casa de todos sus amigos, ambiciosa y nerviosa, Jean S... habla de los quinientos enemigos que me van a buscar esos quinientos rublos".

Ivaney obtiene un éxito honorable, pero Chéjov empezaba a juzgarse con una lúcida severidad: "La ejecución no vale nada. Yo hubiera debido esperar. Estoy contento de no haber escuchado a Grigorovitch cuando me aconsejó escribir una novela. Puedo imaginarme cuántos excelentes materiales hubiera echado a perder. Me decía: "El talento y la frescura vienen al principio de todo"... Además de los materiales y del talento es necesaria otra cosa que no es menos importante. Es necesario estar maduro y también un sentimiento de libertad personal es indispensable.

Pasaba entonces por un período moralizador y tolstoiano. En 1890, fue a observar la vida de los condenados a trabajos forzados en la isla de Sakhaline, proyecto tolstoiano. Tuvo que atravesar la Siberia, en el lodo y en el polvo; vio en Sakhaline cosas dolorosas. "Es una peregrinación que todo hombre debería hacer como los turcos van a la Meca". Ya que es necesario, para conservarse prudente y justo, conocer los sufrimientos de los hombres. Pero Chéjov era bastante diferente de Tolstoi. A éste le gustaba criticar; Chéjov se limitaba a decir "Así es", y después buscaba los remedios. Sabía que estaba muy enfermo y cuando llevaba un pañuelo a los labios, lo retiraba a veces manchado de sangre. Pero rehusaba dejarse auscultar. ¿De qué servía? Ya había hecho su diagnóstico.

LA LUCHA CONTRA EL COLERA

Habiendo ganado un poco de dinero, compró un inmueble cerca de Moscú, en Melikhovo, y vivió allí hasta 1898, trabajando y tosiendo. Su familia había ido a vivir con él. Cuidaba a los campesinos, construía a sus expensas colegios y escribía numerosas historias. En 1892 luchó valerosamente contra la epidemia de cólera. Mujeres encantadoras, actrices y poetisas, venían a verlo, lo rodeaban, pero sus caprichos le desagradaban. A una de ellas le escribió: "Usted no experimenta ninguna necesidad de un trabajo regular. Por eso está enferma, es hipócrita y gimotea. Y el cólera ya llegó a Moscú. Vamos, páselo bien pequeña rubia, y no me irrite con su pereza."

Y a Souvorine le escribía: "La amistad es superior al amor. Mis amigos se aman, yo los amo, y a través de mí, se aman entre ellos. Pero el amor hace enemigos a los que aman a la misma mujer". No obstante pocos escritores han hablado mejor del amor. A él mismo su débil salud le obligaba a ser casto y a utilizar su arte para huir de las incomprendidas que son siempre devoradoras de tiempo. La gustaba acoger en Melikhavo a bellas damas, desbordantes de vitalidad, como son a menudo las actrices. Con ellas plantaba, escardaba, pues era jardinero apasionado. Gustaba de los perfumes dulces de las flores, los manzanos blancos y rosas, los cantos de los pájaros. Como todas las casas de campo, Melikhovo tenía dos defectos: La familia y los invitados, además de los enfermos que atendía gratuitamente. No obstante escribió allí una larga serie de obras maestras: Novelas, cuentos cortos (**Tres años, Mi vida**), teatro (la Gaviota, el Tío Vania).

Pero sufría, como uno de los personajes de La Gaviota por el sentimiento de estar obligado a escribir, escribir, escribir.

EN EL JARDIN DE YALTA

Hizo algunos viajes al extranjero, vendió Melikhovo y compró en Crimea, en Yalta, un terreno vago y rocalloso sobre el que construyó una casa y creó un jardín. El clima de Crimea pasaba por favorable a los tuberculosos. A Chéjov no le gustaba Yalta, pero estaba orgulloso de su jardín. Donde no había más que pedruzcos y jardines salvajes, se transformó ese rincón perdido en un lugar de civilización y de belleza. "¿Y sabe usted?" decía a Kouprine. "Dentro de tres, cuatrocientos años la tierra se transformará en un jardín floreciente. Y la vida será entonces sorprendentemente ligera y fácil..."

Casi todas sus obras, tan melancólicas, terminan en una promesa de una edad de oro. Así como el creyente se promete un paraíso donde serán reparadas las injusticias de este mundo, así Chéjov, agnóstico, pero que conservaba una nostalgia de la atmósfera religiosa de su infancia, esperaba del porvenir y de una humanidad más sabia la reparación de todas las miserias de las que había sido testigo y víctima.

Había encontrado por fin una compañía teatral digna de representar sus obras. Era la de Stanislawski. Allí todas sus obras, de La Gaviota al Jardín de los Cerezos, fueron admirablemente puestas en escena allí también Chéjov volvió a encontrar a su mujer, que había sido su intérprete, la actriz Olga Knipper, muy buena, muy valiente, pero que casi siempre lo minaba porque debía llevar al cabo sus representaciones en Moscú mientras que la salud de Chéjov, fuera de cortos viajes, lo clavaba en Yalta. "Si teme usted la soledad, no se case," decía él.

En Yalta lo visitaban grandes escritores como Tolstoi, Gorki, Bounine, Kouprine. Todos admiraban a la vez la obra y el hombre. Cuando venía a Moscú, lo festejaban tanto y tan bien que lo fatigaban. Descendía en el Hotel Bolchoi Moskovsky y la noticia de su llegada se esparcía. Entonces lo llevaban a los banquetes a los teatros, pero permanecía allí como un espectador lejano, como un adulto que juega con los niños. Detrás de los vidrios de sus quevedos, detrás de su sonrisa llena de humor, perforaba la tristeza y el alejamiento. Portaba un dije con esta inscripción: "Para el hombre solo, el mundo entero es un desierto".

Un día, como se iba a celebrar el aniversario del viejo escritor, Grigorovitch, que había descubierto a Chéjov, éste anunció que saldría de Moscú antes de la fiesta: "¿Pero cómo? Grigorovitch... su famosa carta... No se comprende.

—Es no obstante comprensible, dice Chéjov. Yo he sido descubierto por Grigorovitch y, consecuencia, debo pronunciar un discurso. En otra forma no sería amable. Mi voz deberá temblar y mis ojos llenarse de lágrimas. Entonces Grigorovitch se levantará a su vez y vendrá hacia mí abriendo los brazos me abrazará y llorará de enternecimiento. Le gusta llorar, como a todos los viejos escritores... Es su negocio pero lo principal es que yo estaría también obligado a llorar y esto no lo sé hacer".

No era una broma, sufría realmente con todo lo que no era absolutamente natural. Cuando después del triunfo del **Jardín de los Cerezos** tuvo que sufrir él mismo los discursos, parecía estar en un suplicio. Era 1904 y se moría. Su sobretodo estrechamente cerrado, su aire pensativo, su manera de desviar la conversación cuando se hablaba de su salud, todo demostraba que sabía que estaba enfermo. "Es espantoso convertirse en nada" decía. "Te llevarán al cementerio, regresarán a la casa diciendo palabras hipócritas. Es repugnante pensar en ello... Sí, todos vivirán. Hasta ese perro sarnoso si la policía no lo recoge... Y yo, yo estaría tendido en la calma beata... No obstante sabe usted... ¡Tengo unas ganas tales de vivir! Para escribir

SIGUE EN LA PAGINA 4

ALLA ABAJO Y ALLA LEJOS

A lo más hondo de la conciencia, a lo más íntimo de la infancia

Por ALEJANDRO CASONA

EN mi aldea de niño teníamos un granero apenas separado de la casa por una corraliza olor de vacas y manzanas, de establo mullido con helechos y brezos —en el cual uno de mis tíos, herido en una guerra lejana... (—"¡Cuéntanos otra vez lo de Filipinas, tío!— Una noche, los tagalos...") guardaba una preciosa silla de montar semejante a un cofre antiguo con sus tachones dorados, sus estribos de zueco y su alto arzón de plata, colocada sobre un tronco con cuatro patas como la albarda de Sancho sobre las cuatro estacas de Ginesillo.

Teníamos, además, un viejo castaño que apenas podíamos abrazar entre cuatro, y un burrito de ojos azules, y una entrada secreta a una ermita abandonada. Pero entre tantos tesoros ninguno me fascinaba como aquel caballo ausente en el que podía galopar horas y horas de sueño. Jinete en aquella silla emprendía los más fabulosos viajes, tenso en los zuecos claveteados de oro; y allí empecé a descubrir en mí los primeros síntomas de un mal del que ya no iba a poder curarme jamás: que solamente me gustaba viajar lejos, sin importarme la época y el país, pero "lejos".

En las civilizaciones asfaltadas cuando un niño es atacado por ese mal se le confía cautelosamente a un psiquiatra. Afortunadamente, mi aldea, donde el médico sacaba las muelas y cobraba en trigo, era demasiado pobre para alimentar psiquiatras; y a mi tía Rosa, curandera de yerbas —barbilla de bruja y manos de virgen— le encantaba igual que a mí entornar los ojos y cabalgar lejos, sabe Dios en qué escoba de melancolías.

Sabido es que para los niños normales, destinados a ser mañana los hombres normales, los probos empleados y los maridos de "sí, sí, querida", nada que esté lejos tiene valor. Sólo les interesa lo que ocurre "ahora y aquí". Y cuanto más normales, más "ahora mismo y aquí mismo".

Eca de Queiroz escribió sobre este tipo normal unas páginas inolvidables, que no tengo a mano pero que trataré de reproducir aproximadamente. Es un buen burgués que lee displicente su periódico mientras sorbe el desayuno. Las noticias catastróficas empiezan tranquilizadoramente lejos, pero van acercándose a él amenazadoramente, arrancándole comentarios gruñidos entre sorbo y sorbo. "India: inundaciones torrenciales... millares de familias sin techo... —¡Pobre gente!". "Alemania: voraces incendios en los bosques... tres aldeas destruidas... —¡Lamentable, lamentable!". "Francia: castástrofe ferroviaria... cientos de muertos y heridos... —¡Otro choque! ¡Esos gobiernos!". "España: veinte mineros enterrados por una explosión de grisú... —¡Qué barbaridad! ¿Pero adónde vamos a parar?". "Lisboa: anoche en la calzada de Gloria, número..." Y de repente, un grito. El desayunante se levanta pálido estrujando el periódico y llamando atragantado: —"¡Amalia! ¿Has visto? ¡Horrible, horrible! ¡La vecina de arriba se ha roto una pierna!".

(Inciso: hasta ahora no me había dado cuenta de que Queiroz trazó su narración como una perfecta "secuencia" cinematográfica; un gran "travelling" avanzando desde el fondo más lejano hasta ese gran "close-up" que parece echarse encima del espectador. Véase su traslación al lenguaje cinematográfico: I, panorámica "a infinito" con sobreimpresión de pagodas en silueta y lluvia sobre el lente. Música oriental de fondo. Disuelve en ondulación de agua. II, Cámara en acercamiento a plano lejano de bosque incendiado. Ráfagas de luz, follaje sacudido por vendaval. Cruzan sombras despavoridas. Cámara y música avanzan. III, Silbido agudo tren. Música imitativa ruedas. Cámara avanza entre humo blanco vapor. Choque y golpe de gong, fundiendo imagen —maquette— entre ruido y humo negro. IV, Medio plano escombros. Disuelve humo mostrando interior

SIGUE EN LA PAGINA 12

Sobre la Revolución Mexicana

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

ha publicado, entre otras, las siguientes obras

ISIDRO FABELA: Historia Diplomática de la Revolución Mexicana (Dos volúmenes 850 pp. Ilustrados $ 75.00)

J. SILVA HERZOG: El agrarismo mexicano y la reforma agraria (604 pp. $ 48.00)

La caricatura política ("Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana" XLII+147 pp. 301 reproducciones. $ 33.00)

La huelga de Cananea ("Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana" 224 pp. Ilustrado. $ 22.00)

Manifiestos políticos ("Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana" LXI+690 pp. Ilustrado. $ 59.00)

ALVARO OBREGON: 8000 kilómetros en campaña ("Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana" 604 pp. Ilustrado. $ 50.00)

MARIANO AZUELA: Obras Completas (Dos tomos publicados. XXIV + 2272 pp. $ 160.00. De próxima aparición el tomo III y último)

F. BENITEZ: EL REY VIEJO Venustiano Carranza (En Col. "Letras Mexicanas". 210 pp. Empastado. $ 16.00. En "Colección Popular" 210 pp. $ 6.00)

1960

CINCUENTENARIO DE LA REVOLUCION MEXICANA

artes DE MEXICO

PUBLICA EN SU ULTIMO NUMERO

MUJERES DE MEXICO

Fotografías de BERNICE KOLKO presentadas por ELENA PONIATOWSKA

EN TODAS LAS LIBRERIAS AL PRECIO DE $30.00

REVISTAS

Universidad de México

Volumen XIV. Número 4. Director: Jaime García Terrés. Diciembre de 1959.

JUAN Goytisolo publica un interesante relato: El sur, en el que cuenta los incidentes de una amistad entre un adolescente y un joven en un pueblo de pescadores. Las breves descripciones de la vida de los habitantes, la desventura de una pareja de suecos, la evocación irónica de la madre y los sueños, deseos, frustraciones y contradicciones entre dos modos de vivir, hacen de la narración de Goytisolo un excelente ejemplo de lo que es hoy en España, la ficción de los jóvenes escritores: una veraz y lúcida interpretación de la realidad de su patria.

El lenguaje de Goytisolo es conciso; de frases breves su adjetivación, certera. La abundancia verbal, común en los españoles, no es exagerada; sin embargo, se advierte lo difícil que sería, para un hispanoamericano describir hechos como los siguientes: "Los días en que el mar estaba arbolado y no podíamos salir de roqueo, Ramón cogía el rastrillo, e íbamos a marisquear por la playa. A veces mi madre preguntaba por qué volvía a casa tan tarde, qué hacía durante todo aquel tiempo. No había medio de meterle en la cabeza que en el mar uno no tiene un minuto para aburrirse. Siempre hay que coser una red achicar el agua de un bote, sirgar una jábega". De la conquista del idioma para los hispanoamericanos, se ha escrito mucho, aunque los ejemplos, si breves, no estén de más en ningún caso.

Sergio Fernández publica muy bellas versiones de cuatro poemas de Emily Dickinson.

Gustav Siebenman es autor de una semblanza de Miguel Hernández, en la cual la vida y la obra del gran poeta español es evocada con simpatía y rigor. Siebenman ha logrado trazar un esquema conmovedor y veraz. Y hace justicia al señalar que la obra de Hernández, al paso del tiempo, cobrará mayor importancia. La muerte del poeta es acaso, más dramática que la de García Lorca, por el ensañamiento contra lo que él representaba: la dignidad de los combatientes, de los hombres de partido, de los perseguidos y atormentados. Siebenman escribe este juicio, muy certero, de la poesía del autor de Viento del Pueblo: "Hernández está más cerca del tema tradicional del sufrimiento amoroso y de la antiquísima lección del desengaño. El fragmentarismo, lo lacónico, el girar en torno a un mismo verso constante y varios otros rasgos estilísticos empleados a partir de Lope de Vega, y aun antes se ajustan exactamente a la sensibilidad moderna. Llenos de júbilo comprobamos, con Hofmannsthal, que la tradición ennoblece la moda". La traducción de Margit F. Alatorre, es excelente.

Llamado a América Hispana, por Waldo Frank, es un oportuno alegato por Cuba y su revolución. Frank advierte del peligro de que la confabulación —ayer Guatemala, en el pasado inmediato México— contra Cuba pueda correr con suerte por la división política de los latinoamericanos, las disputas y la administración de algunos gobiernos. Sus páginas tienen el fervor de otras que Frank escribiera en días adversos para Hispanoamérica.

El saludo de Ernest Hemingway al regresar a Cuba fue el siguiente: "No he creído ninguna de las informaciones que se publican contra Cuba en el exterior. Simpatizo con el gobierno cubano, y con todas nuestras dificultades... No quiero que me consideren un yanqui"

Ernesto Mejía Sánchez, en Biblioteca Americana escribe una hermosa página de Manuel Gutiérrez Nájera a quien evoca, con sus propias palabras, como una víctima de la tarea diaria, agobiante, del periodismo. No las cita Mejía Sánchez, pero rozan sus primeros párrafos las voces de Péguy: "Homero es nuevo cada mañana y nada hay más viejo que el periódico de ayer" De envejecer todos los días, el trabajo de Gutiérrez Nájera dice ahora muy poco a los lectores despreocupados. Sin embargo él crea como lo dijo Alfonso Reyes, la prosa moderna en México.

Mejía Sánchez da una jubilosa noticia: la publicación del primer volumen de Obras de Gutiérrez Nájera en la colección del Centro de Estudios Literarios de la UNAM; volumen en que Erwin K. Mapes recogiera 88 piezas literarias de Gutiérrez Nájera.

el libro de la semana

SAN JUAN DE LA CRUZ EN MEXICO

Por ALI CHUMACERO

ENTRE los papeles que dejó inéditos Alfonso Méndez Plancarte (1909-1955) se hallaban sus trabajos en torno de San Juan de la Cruz (1542-1591) y su influencia en nuestro poesía. El mismo había apuntado el tema cuando en 1945 editó un manuscrito novohispano de los siglos XVI y XVII —El Códice Gómez de Orozco— en el que aparecen copias e imitaciones de "La noche oscura" y el "Cántico espiritual". En aquella ocasión, el paciente investigador reconoció en esos textos las huellas no sólo del gran poeta místico sino las de otros escritores españoles contemporáneos —Santa Teresa, fray Luis de León, Malón de Chaide, Pedro de Padilla—, con lo cual intentaba probar que en la Nueva España fueron conocidos a temprana hora los espíritus mayores de la literatura peninsular. El manuscrito, que probablemente perteneció a un sacerdote, incluye además de páginas de San Juan de la Cruz "otros muchos peninsulares, de clásica excelencia y por entonces de fresquísima novedad, evidenciando el selecto gusto y las buenas relaciones literarias de nuestro ignoto compilador, e ilustrando —mucho más de cuanto sabíamos— la madrugadora circulación en América de tan excelentes dechados". El oportuno examen del "códice" animó a Méndez Plancarte a continuar la búsqueda de San Juan de la Cruz en las letras mexicanas de los siglos subsiguientes, hasta terminar en los poetas de nuestros días. No concluyó su labor, pues apenas unos cuantos nombres —de Juan de Palafox y Mendoza (1600-1659) a Concha Urquiza (1910-1945)— fueron revisados para formar este San Juan de la Cruz en Méjico pródigo en observaciones y útil para los estudiantes de la literatura.

Ni en el elogio ni en el denuesto, Méndez Plancarte sobresalió por la parquedad. Sabía usar con persistencia el adjetivo incisivo y a la vez no escatimaba loas a los poetas que lo entusiasmaban. El ordenamiento de las letras coloniales le debe esfuerzos tesoneros, acompañados de la decisión de precisar que nuestras letras, especialmente la poesía, estaban compuestas por algo más de tres o cuatro figuras de reconocido valor. Quiso proponer ejemplos convincentes de las bondades de una poesía que, aunque "colonial", tomaba vuelo por impulsos propios. De ahí que las alabanzas prodigadas a muchos de esos poetas resultaran en desproporción con la realidad estética de sus compromisos. En San Juan de la Cruz en Méjico, * el notable erudito llama a Palafox y Mendoza "gran lírico, de limpidez, sólo hermoseada por la amorosa ternura, los más diáfanos símiles y el encanto de su candor". Aparte otros poemas con destellos sanjuanistas, de Palafox conocemos las "Liras de la transformación del alma en Dios", que aun Méndez Plancarte considera de incierta paternidad. El reflejo, o la copia, de San Juan de la Cruz es palpable en esas liras:

"Aquella niebla oscura
es una luz divina, fuerte, hermosa,
inaccesible y pura,
íntima, deleitosa
en ver a Dios sin vista de otra cosa...

En la noche serena
en que goza de Dios, su vida y centro,
sin darle nada pena,
le busca bien adentro,
con deseos saliéndole al encuentro...".

Al referirse a Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695), Méndez Plancarte aduce ejemplos para reforzar, "con vehemente probabilidad", lo que es obvio: la lectura que de aquel poeta había hecho nuestra máxima poetisa. Méndez Pelayo dijo de "El Divino Narciso" que parecía escrito por un discípulo de San Juan de la Cruz o de fray Luis de León, "ponderando su límpida sobriedad de complejidades barrocas —comenta Méndez Plancarte—, mas sin aducir ningún indicio textual de que nuestra Fénix multara ni aun conociera a equellos líricos áureos". Pero su obra, en tal o cual pormenor, hace menos oscura la duda:

"Oh ninfas que habitáis este florido
y ameno prado, ansiosamente os ruego
que si acaso el querido
de mi alma encontraréis, de mi fuego
le noticiéis, diciendo el agonía
con que de amor enferma el alma mía".

Durante el siglo XVIII, San Juan de la Cruz se muestra en toda clase de certámenes poéticos y en obras anónimas o de poetas casi desconocidos. Pero en la centuria siguiente, Méndez Plancarte lo "descubre" en José Manuel Sartorio (1746-1829), Manuel Eduardo de Gorostiza (1789-1851) y José Sebastián Segura (1822-1889), que hacen mediocres ejercicios sobre los versos originales. El último de ellos llega a excesos como éstos:

"Salí sin ser notada y sin más guía,
entre las sombras de la noche oscura,
que la luz que en el seno oculta ardía.

No temí de las selvas la espesura,
ni los roncos rugidos del leopardo,
ni el torrente tendido en la llanura.

Cual cervatilla herida por el dardo
vuela buscando a su consorte bello,
así busco al Amado por quien ardo".

Saltan a la vista el parecido y, también las graves diferencias con el poema que sufrió el despojo. Lo siguiente, de San Juan de la Cruz, difiere en verdad de lo antes transcrito:

"En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada,
oh dichosa ventura,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada...

En la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz ni guía
sino la que en el corazón ardía...".

Por lo que atañe a la poesía del siglo XX, Méndez Plancarte presenta a Federico Escobedo, Tomás Twaites, Alfonso Reyes, Alfonso Junco y Concha Urquiza, con diestras observaciones y juicios encomiásticos. El sabio investigador da fin así a su libro —incompleto, esquemático— cuya lectura nos hace recordarlo tal como lo conocimos: siempre apto para el encomio, aunque —a su hora— diligente en la diatriba.

* ALFONSO MENDEZ PLANCARTE: San Juan de la Cruz en Méjico. Letras Mexicanas. 88 págs. $12.00

JUDITH MARTINEZ ORTEGA. *La isla (y tres cuentos).* **Imprenta Universitaria, México, 1959. 134 págs.**

La isla fue publicada por primera vez en 1938. Es casi un reportaje. La autora cuenta sus experiencias y refiere sus observaciones, a raíz de una temporada que pasó en las Islas Marías, como secretaria d[...] director. Tiene las vir[...] de lo verdadero, de l[...] tado sin complicacio[...] solo impulso del re[...] de cosas que han [...] honda impresión en [...] mo. Interesa no sól[...] testimonio, sino co[...] gina autobiográfica [...] que la autora cede mu[...] veces el primer pla[...] otros personajes). De[...] be costumbres, institu[...] nes, rutinas. Es en suma [...] relato muy digno de ate[...] ción. Los tres cuentos [...] nales, breves y con estru[...] tura de monólogos, n[...] igualan el interés de La isla.

CARLOS CHAVES LANDEROS. *Luna roja.* **Ediciones Botas, México, 1959. 188 págs.**

Esta novela obtuvo el Premio Lanz Duret en 1958. El autor narra la lucha de un sacerdote católico y un brujo de aldea. Ambos se disputan el prestigio ante los lugareños. El padre Miguel es bueno, esforzado y hábil. El brujo Matías es monstruoso, tanto en lo físico como en lo moral. En la lucha surge un drama amoroso, cuya complicación es nudo y motor de toda la trama. Se trata de una novela con ciertos arranques de poema, en prosa, a la manera de Gabriel Miró o de Valle-Inclán, a quienes el autor recuerda mucho, pero muy de lejos. Está concebida con gruesas líneas trágicas, y la verdad es que funciona. No es una gran novela pero es un libro decoroso, superior, desde luego, a las obras premiadas en el mismo certamen en 1957 y 1956.

los libros al día

Por SALVADOR REYES NEVARES

• *Literatura:*

ALFONSO REYES. *Obras completas de..., Tomo X: Constancia poética.* **Letras Mexicanas. Fondo de Cultura Económica, México, 1959, 512 págs.**

Se terminó de imprimir este libro el 11 de diciembre, o sea menos de un mes antes de la muerte de don Alfonso. Contiene su obra poética completa o casi completa (pues negó aquí la entrada a ciertos "versos castigados", que anota minuciosamente en uno de los apéndices). Figuran pues en el volumen composiciones de 1906 en adelante, hasta 1956. Toda la fresca sabiduría helénica de Reyes, toda su afición a las bromas, a los juegos de ingenio, todo su amor por las palabras y por el diálogo está en estos versos. Casi al final del libro está este soneto: "Soy la Muerte —me dijo. No sabía / que tan estrechamente me cercara, / al punto de volcarme por la cara / su turbadora vaharada fría. / Ya no intento eludir su compañía: / mis pasos sigue, transparente y clara, / y desde entonces no me desampara / ni me deja de noche ni de día. / —¡Y pensar —confesé— que de mil modos / quise disimularte con apodos, / entre miedos y errores confundida; / 'Más tienes de caricia que de pena'. / Eres alivio y te llamé cadena. / Eres la muerte y te llamé la vida". (1951).

ALBERTO BONIFAZ NUÑO. *Juego de espejos.* **Imprenta Universitaria, México, 1959. 146 págs.**

Bonifaz Nuño publicó en 1954 La Cruz del Sureste, novela quizás un poco recargada, de cuya masa no logran sobresalir con real volumen los personajes. Ahora nos da este libro de cuentos, en que se muestra más ágil y más seguro en el diseño mental de la trama y en la realización de la misma. Hay piezas muy dignas de elogio, como las tres que abren el tomo: La imagen y el tiempo, La ciudad fantasma y El gnomo. Acaso la mejor sea la segunda, por la sobriedad del trazo y la eficacia con que nos forma idea de esos poblados humildes, lejanos, cuyos habitantes sólo se animan a fuerza de ilusiones más o menos fantasiosas. Ahuyentan a la gente de la ciudad porque los fantasmas tienen miedo a los vivos. Hay otros cuentos, como Evasión (cuyas páginas iniciales contienen grandes aciertos de lenguaje), que se pierden un poco por el abuso de frases explicativas. Evasión describe una parábola demasiado larga. En general, Bonifaz Nuño ha ganado terreno. Esto es innegable. Su libro es bueno y en él se ve ya al narrador consciente, poseedor de un arte muy respetable y de una imaginación muy activa.

• *Historia*

AGUSTIN CUE CANOVAS. *La reforma liberal en México.* **Ediciones Centenario, México, 1960. 222 págs.**

Cue Cánovas, quien acaba de publicar otro libro que luego comentaremos —Historia Mexicana, Editorial Trillas— reúne aquí una muy congruente serie de artículos sobre la Reforma del siglo XIX. Empieza con las leyes que sobre la separación de la Iglesia y el Estado dictó el gobierno de Comonfort; pero se habla antes de los primeros intentos, el más notable de los cuales fue la Ley Juárez, de 1855. El autor analiza una por una todas estas disposiciones y las que siguieron, hasta quedar completa la gran acción del Partido Liberal. Es incalculable la influencia que para el país ha tenido aquel movimiento, y Cue Cánovas lo hace notar, acotando muy oportunamente cada una de las materias que trata en su libro.

LA VOCACION DE CAMUS

VIENE DE LA PAGINA UNO

fueran impuestos por alguna fuerza ciega.

"El estado de sitio" (1948) es quizá la obra más grande de Camus, —incluidas en esta apreciación las novelas y los ensayos— y, sin embargo, al ser representada obtuvo un rechazo total de parte del público.

Concebida como una síntesis de todos los elementos artísticos lo es también del pensamiento del autor: están ahí vivas las definiciones de todos los actos creativos concebidos como expresión de una misma rebeldía y la visión de ese futuro, al que los hombres de un mundo sitiado han debido sacrificar, generosamente, su único e intransferible presente.

El autor atribuía el fracaso de esta obra al hecho de que Jean Louis Berrault hubiera dado a la representación un sentido aristofanesco, siendo que él había concebido la obra en la más pura atmósfera esquiliana. Me parece que la verdadera razón fue la fuerza misma de la obra, que se mostraba muy superior a la sensibilidad reblandecida de hoy y que con la suma de tantos valiosos elementos, en vez de enardecer a un público timorato lo hundía más en su pobre y estéril sabiduría crítica. Sin embargo creo que es difícil hallar, en la literatura teatral de este siglo, una obra de tanta grandeza por el uso del discurso alternando con el monólogo lírico; —mundo externo y mundo interno— la acción de un "coro" que es un grito sostenido y no una conciencia ondulante, la renuncia deliberada a las anécdotas triviales, los conflictos que llenan en esa obra imponente una función concertante y en fin todos los valores trágicos de nuevo vigentes en una época en que el melodrama y la falsa ternura invaden todas las zonas de la literatura.

El artista aprendió así que la emoción que transporta al espectador estaba velada por la misma cobardía de éste, para quien la síntesis del teatro, la sabiduría para elegir temas y motivos, pasaba inadvertida y resultaba paradójicamente demasiado amplia, por su misma estricta concreción.

Su última obra "Los Justos" (1949) vino a demostrar, una vez más, que los seres de Camus habían reivindicado para el teatro francés la naturaleza trágica, en la cual el fondo de una inteligencia hacía moverse el mundo aparente y descubría, con nuevas imágenes, esa sin razón de la existencia que convierte la vida humana en un sentir apasionado y un pensar imposible. Estos personajes de "Los Justos" tratan de crear un mundo superior a su naturaleza, pero su pasión les recuerda, constantemente, que no pueden rebasar su medida humana.

En esta obra es donde el autor se mostró más poeta-filósofo que no es lo mismo que autor de tesis. Nada hay más peligroso que confundir estos términos.

El autor de tesis, como Sartre, se desplaza siempre guiado por una brújula en un solo sentido. Sus personajes sufren un "sistema de vida" que les impone el autor. El poeta filósofo, como Camus, sigue dudoso esta brújula, la cual a su vez oscila y llega al punto final más inesperado como si en mitad del camino la brújula misma cobrara vida y fuera ella la única razón de los seres.

Los personajes de Camus se preguntan acerca del sentido de la vida, es verdad, pero no sólo para exteriorizar su pensamiento (como ocurre con el teatro de Sartre) sino para mostrarnos, finalmente, los puntos a los que puede llevar, en sus mismas vidas, la persistencia de esta interrogación, con lo cual el pensamiento se vuelve carne y sangre: En "El Malentendido", la interrogación se resuelve con el crimen impasible, en "Calígula" con el suicidio lógico, en "El Estado de Sitio" con la permanencia de un amor más allá de la injusticia y la tiranía y en "Los Justos" con el descubrimiento que hace el personaje de que el hombre puede imponer la justicia violenta por su propia mano, pero no desterrar el horror que le causa destruir a uno de sus semejantes.

Pero si esta rebelión de los personajes ante su destino los convierte en semidioses que afirman, sin embargo, con sus vidas el absurdo de Dios, aunque niegan su existencia, no han perdido por ello su naturaleza humana. Están a mitad del camino entre la realidad y el mito, o más bien, en ese estado en que la realidad encuentra al mito. Desposeídos casi de todo lastre psicológico, al contemplar sus vidas, más que atormentarles el "cómo" les atormenta el "por qué" y vivos en este mundo, sin creer en el otro, no pueden dejar de pensar en ese otro mundo, cualquiera que sea.

¿Por qué no pensar entonces, que Camus, en vez de haber postergado su primera y última vocación esperaba también, él mismo, una reconciliación?

Esperaba sin duda que el público se habituase a un universo más sonoro en que lo apremiante fuera lo necesario y que, en vez de aceptar una pobre sabiduría, tuviera una aspiración a la desmesura, ya fuera blasfemia, locura o santidad.

CAMUS VISTO POR SARTRE

VIENE DE LA PAGINA UNO

últimos años tenía un aspecto positivo: este cartesiano del absurdo se negaba a abandonar el terreno seguro de la moral para comprometerse en los caminos inciertos de la práctica. Adivinamos su postura, y adivinamos también los conflictos que acallaba, pues la moral, en sí misma, exige la revuelta pero al mismo tiempo la condena.

Esperamos. Era necesario esperar su voz, era necesario saber. Independientemente de su opción, Camus nunca hubiera dejado de ser una de las fuerzas principales de nuestro campo cultural, ni de representar a su manera la historia de Francia y del siglo. Pero acaso esa opción habría explicado su itinerario. Camus lo había hecho todo —toda una obra— y, sin embargo, le quedaba todo por hacer. El lo decía: "Mi obra está por hacerse". Se acabó. El orden de los hombres es abolido por lo inhumano: en ello radica el particular escándalo de esta muerte.

Sí. El orden humano sigue siendo un desorden: es injusto, es precario, en él se asesina y se mata de hambre. Pero, al menos, es un orden fundado, mantenido y combatido por hombres. Camus debía seguir viviendo en ese orden. Este hombre en marcha nos hacía dudar, era en sí mismo una pregunta que buscaba su respuesta. Para nosotros, para él, para los hombres que imponen el orden y para los que lo rechazan, era importante que Camus saliese del silencio, que decidiese, que concluyese. Otros mueren viejos; y otros, en eterno aplazamiento, pueden morir a cada instante sin que el sentido de sus vidas, de la vida, cambie por ello. Pero para nosotros, inseguros, desorientados, era preciso que nuestros mejores hombres llegasen a la salida del túnel. Que un escritor viva: pocas veces lo han exigido tan claramente las características de una obra y las condiciones del momento. Que un escritor viva.

Llamo escándalo al accidente que mató a Camus, porque revela el absurdo de nuestras más profundas exigencias. A los veinte años, inesperadamente afectado por una enfermedad que trastornó su vida, Camus descubrió el absurdo: la imbécil negación del hombre. Se acomodó a su situación; pensó su insoportable condición; salió a flote. Sus primeras obras nos revelan la verdad de su vida: ese enfermo curado ha sido destruido por una muerte exterior, imprevisible, absurda. Podríamos pensar esto. Podríamos pensar que, hoy, lo absurdo es la pregunta que ya nadie le hace y que él no le hace a nadie, que lo absurdo es ese silencio; que sólo es, para siempre, nada.

No lo creo. Basta que lo inhumano se manifieste, para que forme parte de lo humano. Toda muerte —aun la de un hombre tan joven— es un disco que se rompe; pero es también una vida completa. Para todos los que la amaron, hay en la muerte de Camus un absurdo insoportable. No obstante, es necesario que aprendamos a considerar su obra trunca como una obra total. El humanismo de Camus suponía una actitud humana ante la muerte que algún día debía sorprenderle. Su búsqueda orgullosa y pura de la felicidad suponía la necesidad inhumana de morir. Si reconocemos esto, reconoceremos en la vida y en la obra —inseparables— de Camus una tentativa pura y victoriosa: la de un hombre que reconquistó de la muerte futura cada instante de su existencia.

ANTON CHEJOV

VIENE DE LA PAGINA TRES

alguna cosa grande, muy grande".

CON OLGA EN LA SELVA NEGRA

En la primavera de 1904, los médicos lo enviaron a Alemania, a Badenweiler, en la Selva Negra. Olga Knipper le acompañó y su presencia lo puso casi alegre. Algunas horas antes de morir, la hizo reír inventando un cuento en el cual describía un balneario a la moda, lleno de banqueros hartos y gordos, de ingleses y norteamericanos bermejos y sólidos, amantes de la buena vida. Un día que regresaban todos de un paseo a pie, con la idea de comer bien, supieron de repente que el cocinero se había ido y que no había de comer. Chéjov platicaba el efecto que produjo este golpe en el estómago de todos estos hombres mimados. "Encogida sobre el diván, reía yo con todas mis fuerzas por las inquietudes recientes", escribe su mujer. "La idea de que en unas horas, me iba a encontrar delante del cadáver de Chéjov ni siquiera me pasaba por la mente".

Le gustaba que una historia, cuyo sentido profundo era trágico, terminara en un detalle trivial. Era un llamado a la modestia. Su ataúd fue transportado de Alemania a Moscú en un vagón verde que llevaba en grandes letras sobre las puertas la palabra: Ostras. Este fin del cuento le hubiera gustado. Pero más aún tal vez la frase muy simple de Olga Chéjov: "El doctor vino y ordenó champaña. Antón Pavlovitch se sentó y le dijo en alemán (conocía muy poco esta lengua) con voz alta y grave: "Me muero". Después tomó la copa, volvió hacia mí sonriendo y me dijo: "Hacía mucho tiempo que no bebía champaña", vació tranquilamente la copa, se acostó sobre el lado izquierdo y pronto quedó inmóvil para siempre... El terrible silencio de la noche no fue turbado más que por una enorme mariposa negra que entró como torbellino, y se agitó en el cuarto evitando dolorosamente las bombillas eléctricas... El médico se fue. El tapón de la botella de champaña saltó, con un ruido espantoso, en la noche silenciosa y sin aire... El alba comenzaba a apuntar y, con el despertar de la naturaleza, como un primer servicio fúnebre, resonaron los cantos de los pájaros y las notas del órgano de una iglesia vecina. No se escuchaban voces humanas, ni vanidades de la vida cotidiana, sólo existía la belleza, la paz y la grandeza de la muerte..."

Absoluta simplicidad y grandeza infinita, Olga Knipper, el día que escribió estas líneas se mostró perfectamente digna de haber sido la mujer de Chéjov.

(Derechos reservados A.P.P. y ANDRE MAUROIS. Servicio INTER-PRENSA. Exclusivo)

LIBRERIA LONDRES LONDRES 51, MEXICO 6, D. F. TELEFONO 14-26-05

Novedad editorial de AGUILAR

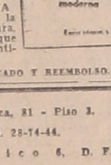
ROGER MARTIN DU GARD

Obras Completas

TOMO PRIMERO $125.00

LIBRERIA Daza S.A.
INSURGENTES 300 Local 16 —Condominio—.
TEL.11-60-41 MEX 7, D.F. Tel. 11-60-41. México, D. F.

S. GIEDION
ESPACIO, TIEMPO Y ARQUITECTURA
Obra de texto en todas las Facultades de Ingeniería y Arquitectura de Estados Unidos, expone en forma clara y sencilla los más complejos problemas de la Arquitectura con riquísima documentación gráfica.
BRUNO ZEVI
HISTORIA DE LA ARQUITECTURA MODERNA
Un aporte fundamental a la historia de la Arquitectura, con criterio universalista que logra ensamblar el arte antiguo con el moderno.



SERVICIO A DOMICILIO ENVIOS C. O. D., CERTIFICADO Y REEMBOLSO.

Inter-libros, s. a. Dinamarca, 81 - Piso 3. Tel. 28-74-44. México 6, D. F.

se complace en presentar un atento saludo al Público Lector Mexicano, extensible a los Sres. Editores, Distribuidores, Libreros y Bibliotecarios del País. Al desearles un

FELIZ Y PROSPERO AÑO 1960

anuncia sus próximas actividades efectivas en México, con la importación de las más recientes novedades exclusivas de la

EDITORIAL VERGARA

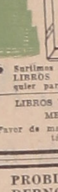
de Barcelona, España: HISTORIA, ARTE, MUSICA, CLASICOS ANTIGUOS Y MODERNOS, VENTAS, TEMAS DE INTERES Religioso y Político-Internacional. Breviarios de Divulgación, etc.

SOLICITE INFORMACION Y PRECIOS

LIBRERIA MADERO,
Madero 12.
LIBROS EN ESPAÑOL Y EN FRANCES

LIBROS Y DISCOS Torre Latinoamericana Madero 1. Tel 12-84-66 México 1, D. F.

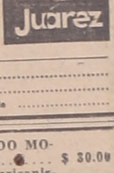
PREMIO NOBEL 1959 y JUAREZ



OBRA COMPLETA de Salvatore QUASIMODO PREMIO NOBEL de 1959

● Edición bilingüe en español e italiano. Editorial Sur de Buenos Aires. 450 páginas, cartoné $80.00

JUAREZ. Pere Foix. Prólogo de Raúl Noriega. "VAYA MI MEJOR OPINION sobre este libro que siendo tan noble y de tan sana doctrina está llamado a nuevas ediciones. ALFONSO REYES". Editorial F. TRILLAS, S. A. 334 págs. Keratol $50.00



● Surtimos pedidos C. O. D. de LIBROS y DISCOS a cualquier parte de la República.

LIBROS Y DISCOS Madero 1. MEXICO 1, D. F.
Favor de mandarme GRATIS su catálogo mensual.

Nombre ....
Dirección ....
Ciudad y Estado ....

* PROBLEMAS POLITICOS DEL MUNDO MODERNO, por Andrés Serra Rojas	$ 30.00
* DE BOLIVAR A DULLES. El panamericanismo, doctrina y práctica imperialista por Ricardo A. Martínez	20.00
* BUENA Y MALA VECINDAD, por Isidro Fabela	24.00
* ANTIKOMUNISMO EN AMERICA LATINA. Radiografía del proceso hacia una nueva colonización, por Juan José Arévalo	20.00
* EL GRITO DE DOLORES Y OTROS ENSAYOS, por Vicente Sáenz	20.00
* VIDA DEL MARISCAL SUCRE. Su espada flor y su bondad capullo, por Diego Córdoba ...	20.00
* VIDAS EJEMPLARES HISPANOAMERICANAS. Morelos, Bolívar, Morazán, Montalvo y Martí, por Vicente Sáenz	25.00
* MI CABALLO, MI PERRO Y MI RIFLE, por J. Rubén Romero. 5a. edición	15.00
* LAS GRANDES AGUAS, por Luis Spota	20.00
* MAS CORNADAS DA EL HAMBRE, por Luis Spota	20.00
* LA ESTRELLA VACIA, por Luis Spota	35.00
* LA GUERA RODRIGUEZ, por Artemio de Valle Arizpe	25.00
* MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, Su vida y sus obras, por Pablo C. Moreno	15.00
* MEXICO EN 1823, según el Panorama de Burford. Introducción y traducción de Manuel Romero de Terreros	15.00
* DERECHO ADMINISTRATIVO, por Andrés Serra Rojas	100.00

Librería de Manuel Porrúa, S. A.
5 de Mayo 49, Apartado 14470. MEXICO 1, D. F.
ADJUNTANDO AL PEDIDO ESTE RECORTE, OBTENDRA UN 10% DE DESCUENTO

2